

MATTA EL MESKIN

**«TENÉIS QUE NACER
DE LO ALTO»**

LA NUEVA CREACIÓN DEL HOMBRE

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2012

Cubierta y guardas diseñadas por Christian Hugo Martín

Tradujo Luis Rubio Morán
de la edición francesa *La nouvelle création de l'homme*

- © Herederos de Matta el Meskin,
Monastère de St. Macaire, El Cairo 2011
- © Ediciones Sígueme S.A.U., 2012
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563
ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1790-1
Depósito legal: S. 152-2012
Impreso en España / Unión Europea
Imprime: Gráficas Varona S.A.

CONTENIDO

Introducción, 9

1. La carne y el espíritu, 13

2. La primera y la segunda creación
del hombre, 31

3. El bautismo, sacramento de iniciación
a la nueva creación en el Espíritu, 57

4. El Hombre Nuevo, nacido del bautismo,
y la Iglesia, Cuerpo de Cristo, 83

5. La eucaristía,
alimento del Hombre Nuevo, 87

6. Cómo acercarnos al Hombre Nuevo
y sintonizar con él, 93

7. La fe en Cristo
¿exige una relación personal con él?, 103

8. Ver el rostro de Dios, 121

Conclusión, 137

INTRODUCCIÓN

«No te sorprendas de lo que te he dicho:
Tenéis que nacer de lo alto» (Jn 3, 7).

Cuando hablamos del nacimiento, de la muerte y de la resurrección de Cristo, estamos hablando de acontecimientos que se han realizado en nosotros y por nosotros.

De hecho, cuando decimos que Cristo nació, estamos diciendo, desde el punto de vista teológico, que el Verbo, el Hijo de Dios, asumió un cuerpo humano tomado de la Virgen María. Ella fue elegida pura y santa para darle una humanidad pura y santa; más aún, «concibió por obra y gracia del Espíritu Santo», de modo que ese hijo suyo se manifieste también, según la palabra del ángel, como «Hijo de Dios».

No obstante, la persona del Verbo, Hijo de Dios, no tiene límites. Su ser es absoluto y su naturaleza, infinita. Por lo mismo, el cuerpo que recibe de la Virgen María participa de las prerrogativas infinitas del Hijo de Dios. Esto explica por qué ese cuerpo nacido de la Virgen María por obra y gracia del Espíritu Santo es más que el simple cuerpo limitado de un individuo concreto y por qué se afirma que reúne e integra en sí a toda la humanidad.

Siguiendo esta lógica, el apóstol san Pablo ha podido afirmar que, cuando Cristo, cargado con nuestros pecados, fue crucificado, todos nosotros fuimos crucificados con él; cuando murió, todos morimos con él; cuando resucitó, todos resucitamos con él; y puesto que él está ya sentado en el cielo, allí estamos todos nosotros sentados con él.

Cada una de estas afirmaciones procede del misterio de la admirable encarnación de Cristo. Porque la naturaleza de su

divinidad se ha unido a la naturaleza de nuestra humanidad. Así, Cristo posee simultáneamente todas las propiedades de la naturaleza divina, que es la suya propia, y todas las de la naturaleza humana, que es la nuestra. Él las ha unido, sin confusión, separación ni alteración, en su única persona.

Por consiguiente, Cristo, en virtud de esa admirable encarnación, ha integrado en sí mismo a la humanidad entera, lo cual se refleja necesariamente en su pasión, en su muerte y en su resurrección. Nosotros hemos sido crucificados con él, y él lo ha sido con nosotros y por nosotros. Pues la muerte, el sufrimiento, la condenación, eran herencia nuestra, la que nos habíamos granjeado, pero en modo alguno le pertenecían al Hijo de Dios, absolutamente santo, puro y sin pecado. Nosotros, en cambio, habíamos heredado de Adán, como consecuencia del pecado, nuestra naturaleza humana cargada con la maldición y con la muerte eterna.

Cristo nos ha liberado de esta muerte y de esta maldición que pesaban sobre nuestra naturaleza. Así nos lo dice san Pablo: «Dios, que es rico en misericordia y nos tiene un inmenso amor, aunque estábamos muertos por nuestros pecados, nos volvió a la vida junto con Cristo –¡por pura gracia habéis sido salvados!–, nos resucitó y nos sentó con él en el cielo» (Ef 2, 4-6). Luego nuestra naturaleza, que estaba muerta en Adán por el pecado, ha sido transformada en una naturaleza que vive en Cristo por la justicia. Tal es el objeto de nuestra fe, tal es la esperanza de la que nos sentimos orgullosos. Se trata de un don que nos ha sido concedido gratuitamente y que hemos de acoger confiados y seguros. Citemos de nuevo a san Pablo: «De este modo quiso Dios mostrar a los siglos venideros la excelsa riqueza de su gracia, hecha bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Por la gracia, en efecto, habéis sido salvados mediante la fe; y esto no es algo que venga de vosotros, sino que es un don de Dios; no viene de las obras, para que nadie pueda presumir» (Ef 2, 7-9).

El propio san Pablo, considerando que Cristo, en el momento de su muerte, portaba en su carne a la humanidad entera, afirma sin ambages: «Nos apremia el amor de Cristo, al pensar que, si uno ha muerto por todos, todos por consiguiente han muerto» (2 Cor 5, 14).

Conviene tener presente que aquí no se dice que Cristo sea «uno» en el sentido de uno entre otros, uno cualquiera, sino en el sentido de que, en su divinidad, es el Uno total, absoluto. Y su divinidad proyecta sobre la carne ese carácter total, absoluto, superesencial. Así pues, el que cree en Cristo, muere y resucita con él, o sea, expía el pecado de Adán, es justificado del pecado y recibe la resurrección, que es la condición del Hombre Nuevo en Cristo, es decir, recibe una nueva creación. Pues todos mueren en Cristo en la condición del hombre viejo (cf. Rom 6, 6), y todos resucitan en Cristo en la condición del Hombre Nuevo: «Nos volvió a la vida junto con Cristo... Nos resucitó y nos sentó con él en el cielo» (Ef 2, 5-6).

San Pablo señala como razón de esto que Dios, rico en misericordia, «nos tiene un gran amor» (Ef 2, 4). De esta manera, nosotros, que estábamos muertos con una muerte eterna por culpa de nuestros pecados y transgresiones, hemos sido llevados –por la fe, que es don de Dios, no por nuestras obras– a vivir desde ahora la vida eterna en Cristo. Gozamos ya de la resurrección como seres de la nueva creación, habiendo pisoteado con y por Cristo la muerte y el pecado.

Tal es nuestra fe en Cristo. Si nos adherimos firmemente a ella, el poder y el Espíritu del Hombre Nuevo nos invadirán, nos llevarán a actuar y nos convertirán en testigos de la veracidad y del amor de Dios.